

Religiosidad y violencia en la construcción social de la identidad: el caso de la colonia Independencia en Monterrey

Religiosity and violence in the social construction of identity: the case of colonia Independencia in Monterrey City

Alejandro García García

Resumen

Este trabajo combina una serie de informaciones obtenidas a través de grabaciones de audio y video con personas mayores de edad, habitantes de los barrios de la colonia más antigua de Monterrey, la Independencia, cuna del famoso barrio de San Luisito, y su posterior análisis e interpretación. Se trata de narraciones que nos ayudan a atar los cabos históricos de la zona y acercarnos a la concepción que los propios habitantes tienen de sus barrios, su colonia y de la ciudad donde habitan. Palabras clave: barrio, violencia, religiosidad, espacio urbano.

neighborhoods of the most ancient colony of Monterrey: Colonia Independencia, home of the famous neighborhood San Luisito. The analysis and interpretation of this stories help relate events and places of that historical area, and define the conception of these residents about of their own neighborhoods and the city where they live.

Keywords: Neighborhood, Violence, Religiosity, Urban space

Abstract

This study combines a set of information collected via audio and video from some residents of the

Religiosidad y violencia en la construcción social de la identidad: el caso de la colonia Independencia en Monterrey

Religiosity and violence in the social construction of identity: the case of colonia Independencia in Monterrey City

*Alejandro García García*¹⁰

Introducción

Queremos acercarnos a un primer nivel de interpretación del papel que juegan la religiosidad y la violencia en la construcción de identidades grupales generadas territorialmente en los barrios populares. Nos interesa describir, con algunos ejemplos, las formas en las que las personas viven su realidad cotidiana y los elementos reales e imaginarios asociados a la constitución de su territorio, de su barrio, a lo largo del tiempo. No hay que olvidar que, como dice Gilberto Jiménez (citado en Chihu, A., 2002): “la identidad implica la percepción de ser idéntico a sí mismo a través del tiempo, del espacio y de la diversidad de situaciones, más que de

permanencia habría que hablar de continuidad en el cambio”.

Se ha hecho énfasis aquí en los procesos relacionados con la producción de formas de identidad grupal a través del uso de las calles y el fundamental papel del barrio como escenario abierto a la aparente contradicción entre violencia y práctica religiosa: “como un espacio de inscripción de la memoria colectiva, como soporte material de la vida comunitaria y como referente simbólico de la identidad colectiva” (Chihu A., 2002: 52).

Antecedentes

La Loma Larga se extiende frente al centro de la ciudad, al lado sur. Aquella es dividida por un río

10 Doctor en Antropología. Profesor investigador de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma de Nuevo León

de amplio cauce —no obstante permanezca seco la mayor parte del tiempo—, el Santa Catarina, que separa literal y simbólicamente los grupos sociales del Monterrey actual, ubicando a los inmigrantes, a los posesionarios o “paracaidistas” en esta loma aparentemente inhóspita.

El foco de análisis de los procesos de construcción de identidades grupales está ligado a la relación territorio-barrio, pues partimos del hecho de que, como señala Aquiles Chihu Amparán: “la identidad de los sujetos se constituye en parte por el arraigo a una localidad, a un territorio donde cotidianamente se realizan prácticas y costumbres, las cuales a su vez le adjudican a ese lugar su particular distinción”. Aclara sin embargo que “dentro de un mismo territorio físico, pueden construirse diferentes lugares, en la medida en que en ellos los diversos actores realizan diferentes prácticas estableciendo así diferentes tipos de fronteras, y por lo mismo diferentes identidades” (Chihu A., 2002: 18-19). Y es precisamente esta interacción en la diversidad la que genera el choque entre formas de vida originadas en distintas regiones del campo mexicano, entre versiones sobre lo permitido y lo prohibido, sobre lo público y lo privado, que producen una tensión

entre tolerancia y agresión, en donde esta última termina por vencer.

La colonia Independencia es un lugar poblado básicamente por migrantes de los estados de San Luis Potosí y Zacatecas, asentados desde finales del siglo XIX. Curiosamente los pobladores de la parte más baja de la loma y con más tiempo en la ciudad, aunque también emigrantes, rechazan a las personas de la parte alta de la loma, población flotante donde el consumo y venta de drogas es más intenso y hay mayor peligro para los considerados extraños.

Para los regiomontanos resulta claro que cruzar hacia la colonia Independencia es adentrarse en el sitio donde se combinan la violencia y la religiosidad, donde la vida cotidiana está compuesta de una amplia permisividad alternada con reacciones agresivas inusitadas y extremas.

Violencia y religiosidad en el espacio urbano

El territorio es “un espacio de inscripción de la memoria colectiva, como soporte material de la vida comunitaria y como referente simbólico de la identidad colectiva” (Chihu A., 2002: 52). Los barrios de la Independencia tienen una voca-

ción ligada directa o indirectamente con la violencia y la religiosidad, en una mezcla que intentaremos describir y que parece reproducirse en otras ciudades de América Latina.

La comprensión de las características estéticas del espacio urbano de estos barrios, vinculadas con las propuestas éticas de los grupos sociales que habitan ese espacio, es una vía fundamental de análisis en el intento de comprender cuáles son las características deseables de crecimiento urbano, y qué factores, por ejemplo, favorecen o desfavorecen la generación de delitos callejeros.

Nuestra investigación pretende vincular el análisis de corte social con la perspectiva urbanística, mediante la revisión de las tendencias materiales en los ámbitos urbanos donde se suscita la violencia con la intención de identificar si existe algún patrón común en los sitios donde estos hechos se presentan.

La relevancia de este estudio para la ciudad de Monterrey es de gran magnitud puesto que su crecimiento sigue, de manera descontrolada, generando ámbitos urbanos en lugares inhóspitos, poco propicios para la edificación, generalmente obtenidos a partir de la “ocupación” ilegal de los predios, regularmente por grupos de inmi-

grantes apoyados por algún líder político del cual resultan ser una “fuerza social” en épocas electorales. La violencia en estos y otros sitios es un fenómeno que deriva en la nulificación de la libertad de recorrer libremente la ciudad, que mantiene a los sujetos “presos” de sus rutinas, limitados y temerosos de explorar calles y lugares de acá o allá.

Aparentemente, a partir de ellos los casos de violencia urbana siguen en crecimiento, en grado de peligrosidad, apareciendo como uno de los fenómenos que deterioran el ambiente social y provocan reacciones autoritarias, en el ámbito de una relación conflictiva que va en escalada entre policías y bandas.

Este es un esfuerzo por destacar la complejidad de las formas de interacción de un grupo de personas identificadas a partir de su ubicación en un mismo entorno territorial y ambiental; y es a través de la comprensión de la configuración de los espacios urbanos de las estrategias materiales usadas para definir los diversos territorios y sus personalidades en cada calle — únicos, aunque integrados al todo del barrio, al contexto específico donde se crece, se descansa, se ama, en una amalgama extrema—, donde se unen y toleran diversos

paradigmas éticos. Desde nuestro punto de vista, hay que tomar distancia y comprender qué significado particular tienen estas piezas en el rompecabezas de la vida en la ciudad para apreciar, como consecuencia, la diversidad y peculiaridad de procesos de interacción, así como de estrategias de sobrevivencia y tolerancia que se llevan a cabo.

En cuanto a uno de los posibles orígenes de la violencia en la colonia Independencia, el historiador Daniel Sifuentes comenta de la existencia, durante los años cuarenta del siglo XX, de varios rastros en la colonia, lo que propiciaba que muchos de los trabajadores salieran por las tardes del trabajo con sus utensilios —cuchillos, navajas, etcétera—; luego en las cantinas o fuera de ellas las peleas se presentaban muy frecuentemente, generalmente por problemas causados por los juegos de cartas o dados. Los conflictos —que terminaban en duelos “cuchillo en mano”— fueron forjando el ambiente social que genera al personaje violento de los años cincuenta y que se ha transformado a lo largo del tiempo para ser sin embargo semejante, más joven y actuando generalmente en grupos o “bandas”.

Los barrios de “la Indepe” — como la llaman sus habitantes y los

regiomontanos en general— son de una composición heterogénea, donde viejas y nuevas generaciones enfrentan —muchas de las veces de manera violenta, como se puede constatar— distintas versiones acerca de lo que *debe* ser su ambiente social. Estos barrios contienen una identidad convenida de manera implícita entre sus habitantes, un sentido de territorialidad y apego a un ambiente y a un grupo de personas específicos, una tradición con un largo pasado en cada esquina, en cada recoveco.

La música colombiana opera como ambiente acústico y mensaje social que impregna a las zonas altas de la Loma Larga y a gran parte de los jóvenes de los barrios de escasos recursos de la zona metropolitana de Monterrey. En cuanto a la “personalidad” de sus barrios, hay que decir que la colonia Independencia fue y es conocida aun por su carácter bastante agresivo en la mayoría de ellos; en el imaginario social es considerada por los habitantes de la ciudad como un lugar peligroso, especialmente por la noche.

La tolerancia tiene su contraparte directa en la violencia callejera, especialmente las peleas entre pandillas, entre vecinos o las peleas intrafamiliares que “salen” de la casa a la calle. Fácilmente se

pasa de un extremo al otro, no hay grados, solo hay extremos: o una cosa o la otra. Lo más asombroso para la mayoría externa es aquí cotidiano, donde hay una larga tradición “sangrienta” y donde, sin embargo, los niños crecen y, junto con los jóvenes y los adultos, intentan ser felices, a pesar de la discriminación social que los acosa y una pobreza profunda que favorece las posibilidades de optar por los negocios ilícitos. Esta discriminación hacia el grupo territorialmente vinculado genera como respuesta una solidaridad a toda costa entre ellos, por encima de la moral, de la policía y de la sociedad entera.

Por lo que se observa, el uso semiprivado de ciertos espacios de la vía pública que se presenta en varias calles de la colonia, y especialmente en los alrededores del santuario y basílica de la Virgen de Guadalupe, atrae normalmente a persona de toda edad, ancianos abandonados, niños de la calle, vagabundos, dementes, etcétera, que encuentran en los microambientes creados en las calles o los lotes baldíos su espacio de vida. Podríamos decir incluso que el guadalupanismo es un movimiento religioso en donde el perdón se extiende hasta el delincuente, el marginal, el abandonado, el vagabundo, la prostituta, aceptando a

todos por igual.

El principal *sitio nodo*, como diría Kevin Lynch, de la colonia Independencia está situado en el conjunto que integran, en una misma plaza, al santuario y la basílica de la Virgen de Guadalupe y que funciona a manera de foco de irradiación religiosa que parte de ahí, primero, hacia el sector de manzanas que rodea de manera cercana los templos (Lynch, K., 1984: 89); luego a la colonia y posteriormente a toda la ciudad, e incluso a toda la región, en los meses de fiesta de noviembre y diciembre. Gilberto Jiménez señala que:

los santos patronos funcionan como una especie de emblema por referencia al cual se define la fidelidad del grupo, se reconocen entre sí los miembros de la comunidad y se establecen las reglas de la hospitalidad y la exclusión. Se trata de un modelo de autoidentificación que puede relacionarse con el proceso psicoanalítico de identificación con un padre común (citado en Chihu, A., 2002: 55).

La pobreza ha forjado aquí interesantes estrategias de solidaridad que se reflejan en el uso de los espacios privados que son “cedidos” al barrio. Por ejemplo doña Lupe, ahora difunta, hizo primero un gran

altar dedicado a la Virgen de Guadalupe en un cuarto de su casa que daba directamente a la calle, y con el paso de los años se convirtió en velatorio gratuito para las familias más pobres de la colonia: “ese pedacito, un cuartito, se le presta a la gente para que velen a sus muertos cuando no tienen para más, ahí es a donde llega el padre o las monjitas a rezar”, comenta una de las vecinas.

Es innegable que las formas específicas de interacción personal generadas por un mismo objetivo religioso configuran en mucho los itinerarios y los encuentros de un sinnúmero de personas del barrio. Tanto la ubicación de un templo en determinado sitio, como la generación “espontánea” de lugares sacros en la colonia, representan una forma de particularizar a los barrios, de influir en las actividades de sus habitantes y generar de esta manera una identidad grupal de corte territorial.

Si, como dice Gilberto Jiménez, la identidad es “el conjunto de repertorios interiorizados —representaciones, valores, símbolos—, a través de los cuales los actores sociales —individuales y colectivos— demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación” (Chihu, A., 2002: 38-39), la violencia entre grupos

de jóvenes de diferentes barrios parece insistir en este asunto de la demarcación de los confines, una distinción que parte de lo territorial y que indica mayor capacidad de defensa de sus límites frente a otros barrios o frente a la policía.

Es importante mencionar que la forma misma de apropiación de la tierra en las partes altas de la loma ha determinado aparentemente un cierto rasgo básico de violencia, pues los terrenos son “tomados” y defendidos de esta forma contra dueños legítimos o autoridades policiacas y judiciales municipales o estatales. Hay entonces una característica básica de origen en la personalidad de los “poseionarios”: su capacidad de luchar de forma directa, a través incluso de la agresión física, para defender su barrio, su vivienda.

En cuanto a la relación de estas manifestaciones de violencia con el espacio urbano concreto en el que se desarrollan, Daniel Sifuentes comenta en relación con la colonia: “un intento de explicación de esta actitud hostil proviene de lo abrupto del terreno y de la falta de alumbrado público que durante mucho tiempo padeció este lugar, pues pasando la calle de Lago de Pátzcuaro, la colonia se convertía en una boca de lobo”:

Las autoridades estatales en un intento de batir el índice de actos fuera de la ley, apoyaron la creación de una Comandancia de Policía, pero lo hicieron destruyendo un campo deportivo que ya tenía algún tiempo funcionando con buenos resultados. Los vecinos al principio se opusieron, pero acabaron por aceptar la reubicación de la cancha detrás de las instalaciones de agua y drenaje, sobre tierra pedregosa y con mucho declive, difícil para practicar algún deporte (1994: 442).

Los espacios cambian de orientación a lo largo del día y parece hasta ahora evidente que con la llegada de la noche la presencia de hechos violentos en las calles es más frecuente. También existe una dinámica distinta dependiendo del día de la semana de que se trate, si es día de pago, etcétera. Y finalmente existen épocas del año más propicias para las dinámicas de corte festivo: navidad, año nuevo, entre otras, que regularmente van acompañadas de un alto consumo de alcohol y de una permisividad que se extiende de la noche al día sin interrupción.

La violencia permanente que se vive en las calles, especialmente en la zona más alta, parece generarse como consecuencia de una apropiación de los espacios públicos

por grupos o pandillas de jóvenes que participan en estas agrupaciones de carácter territorial, que viven totalmente fuera de los ámbitos de lo escolar o lo laboral y que atienden a los problemas de sobrevivencia desde —por ejemplo— la venta y consumo de drogas. Para Daniel Sifuentes la falta de áreas verdes en la colonia seguramente influye en los altos niveles de violencia que se presentan.

Una relación conveniente entre lo público y lo privado parece verse desequilibrada cuando los jóvenes se asientan en cruceros o áreas de paso común y se asume como privada o semiprivada una zona pública, estableciendo un control sobre ese espacio como la expresión violenta de una organización que define así una identidad grupal. En diversos puntos las redes de contacto social informal “parecen depender de la existencia de espacios semipúblicos, si los espacios no existen la red se disuelve” (Rapoport, A., 1978: 25).

En 1994, el historiador César Morado comentaba respecto a la violencia callejera en la colonia objeto de estudio: “actualmente, el punto de identidad localizable es el rechazo a la acción represiva de los elementos policiacos, ellos son el enemigo común para la mayoría de los jóvenes que deambulan por

las calles de la Indepe” (1994: 318).

Hay un cierto conocimiento por parte de los vecinos acerca de los horarios en que se puede pasar caminando sin problema y los momentos en que el área de paso está “tomada” por la pandilla local o algún personaje o personajes conocidos por violentos. Es evidente que “los fragmentos de territorio son, de manera sutil pero clara, ‘centros del mundo’ para los grupos sociales que los delimitan... El territorio se transforma en un contexto muy rico en estructuras significativas. Una calle deviene algo más que una calle” (Ortiz, V., 1990: 117). Hay que decir —en descargo de los grupos de jóvenes— que la agresión se genera a partir de la lucha territorial de grupos con características muy diferentes: entre adultos jefes de familia y jóvenes pandilleros, entre pandillas y policía, etcétera, ello independientemente de la violencia intrafamiliar, muy frecuente también en el lugar.

La distinción de los barrios de la colonia a partir de su carácter aguerrido se cantaba en corridos que destacaban la bravura del propio barrio, retando en sus letras a los demás, ya desde principios del siglo XX.

La violencia de las bandas o pandillas juveniles está generalmente “catalizada” por el consumo de

drogas, lo que convierte a estas en más excesivas y automáticas o fáciles de conseguir. La gratuidad, la desmesura, el aprovechamiento de oportunidades donde hay mayor ventaja, son formas de respuesta social que repercuten directamente en el tipo de vida de los otros habitantes y van definiendo la identidad percibida en el exterior acerca del barrio. En este sentido, habría que señalar que hay personas que de hecho niegan en su vida social su residencia en la colonia.

Conclusión

Hay una combinación entre religión y violencia urbana durante décadas en la colonia Independencia que ha propiciado en estos barrios, como diría Néstor García Canclini, las “formas locales que adopta la vida de una comunidad” (Ainsa, F., 1996). Aunque pareciera que abordamos asuntos que no tienen relación entre sí, e incluso que son opuestos, tenemos múltiples ejemplos de sus formas de conexión: los jóvenes integrantes de muchas pandillas rinden culto a la Virgen de Guadalupe, imagen que portan en sus largas camisas con fondo negro y de vivos colores o se le ve estampada en los murales y grafiti de las bardas de sus barrios.

Hay casos en los que violencia y religiosidad están directamente vinculadas, por ejemplo en la veneración como santo de Jesús Malverde, en Culiacán, Sinaloa, por familias de narcotraficantes y asesinos a sueldo; o la llamada Virgen de los Sicarios, en Medellín, Colombia. Encontramos, en un nivel más psicosocial, al uso de tatuajes con imágenes religiosas como cristos o vírgenes de Guadalupe en individuos altamente peligrosos como asaltantes o asesinos a sueldo.

Hay que comentar que excepcionalmente se han presentado cambios radicales en algunos de los barrios de la colonia objeto de estudio. Citemos de ejemplo el generado por aquella creencia en un Niño Dios que —según la dueña de la casa— lloraba sangre. Los entrevistados comentan que en la época del suceso se hacían colas larguísimas de personas provenientes de toda la región que querían ver al Niño Dios. Este singular hecho viene a transformar un barrio muy conflictivo, generando un freno simbólico a la agresividad que antes reinaba: la religiosidad se “apropió” y transformó el microambiente y las formas de interacción entre las personas. Poco a poco cambió la fisonomía del lugar; ahora hay ahí, incluso, una pequeña capilla.

La actividad religiosa, principalmente de grupos de mujeres madres de familia, representa una lucha indirecta para tratar de imponer otra lógica en el manejo del espacio urbano y las relaciones entre las personas: una batalla silenciosa contra la violencia dentro y fuera de la casa. En ese mismo sentido, la predicación de casa en casa por parte de los Testigos de Jehová, los fines de semana, ha sido también muy importante en la transformación de las formas de interacción entre la gente, dentro y fuera de sus viviendas.

La interpretación de los escenarios descritos permite reconocer nuevamente que las propuestas urbanas no pueden proponerse “desde arriba”, sino desprenderse del análisis de las formas de interacción de los grupos sociales para los cuales se está diseñando, pensar en cuáles son sus itinerarios, sus formas de relación en las calles, sus ritmos de actividad específicos, etcétera. Las propuestas urbanas, en resumen, deben derivarse del reconocimiento de estas formas de organización grupal y sus efectos sobre el uso del territorio.

La intención de este trabajo ha sido poner de relieve las formas de presencia de religiosidad y violencia en las calles como motores de la reconstrucción permanente de la

identidad colectiva de los barrios, pensando en que el fenómeno se está repitiendo en muchas otras ciudades de América Latina y que los estudios urbanos no pueden quedarse al margen de esta situación.

Parece indispensable reconocer en Monterrey estos espacios urbanos cuya existencia se pretende ignorar y que conforman el complejo tejido de la sociedad. Actualmente se habla en muchos foros académicos y políticos acerca del multiculturalismo y el respeto a las diferencias, atendiendo a realidades internacionales aún difusas y conservando, sin embargo, un alto grado de miopía respecto a nuestras formas internas de diversidad cultural.

Bibliografía

- Ainsa, Fernando, 1996, "Los desafíos de la posmodernidad y la globalización: ¿Identidad múltiple o identidad fragmentada?", *Revista Escritos, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, núms. 13-14, enero-diciembre, Universidad Autónoma de Puebla.
- Chihu Amparán, Aquiles, 2002, "Sociología de la identidad", en Aquiles Chihu Amparán (coord.), *Sociología de la identidad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa Editor.
- Lynch, Kevin, 1984, *La imagen de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Morado, César, 1994, "San Luisito ... un barrio, un puente, un mercado (1887-1992). Un puente de identidad", en *Historias de nuestros barrios*, Gobierno del Estado de Nuevo León.
- Ortiz, Víctor Manuel, 1990, *El barrio bravo de Madrigal*, El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán.
- Rapoport, Amos, 1978, *Aspectos humanos de la forma urbana*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Sifuentes, Daniel, 1994, "Crónica de la colonia Independencia", en *Historias de nuestros barrios*, Gobierno del Estado de Nuevo León.

Recibido: 14 de octubre de 2013

Aceptado: 28 de mayo de 2014